

La mediatización en perspectiva semio-antropológica

Entrevista a Oscar Traversa

DOI: <https://doi.org/10.18861/ic.2019.14.1.2893>



► POR GASTÓN CINGOLANI & MARIANO FERNÁNDEZ¹

Universidad Nacional de las Artes (UNA) y Universidad Nacional de La Plata (UNLP), Argentina.

Oscar Traversa ha venido investigado y enseñando sobre la mediatización y las transformaciones en los vínculos y las articulaciones entre lo individual y lo colectivo desde hace varias décadas. De hecho, fundó la primera cátedra universitaria en Argentina sobre historia de las mediatizaciones, cuando los materiales y las investigaciones al respecto eran escasos. En los últimos años parecen haber proliferado las reflexiones sobre la exacerbación de la mediatización entre individuos que se acopla, de una manera despareja y quizá novedosa, a la tradición de estudios del siglo XX, ligada (aunque no únicamente) a la mediatización de uno a muchos o *broadcasting*. Eso ha generado nuevas observaciones, debates y la aparición de algunos objetos de análisis interesantes, pero también algunas imperfecciones teóricas (esto es un juicio compartido por los entrevistadores) que quieren ver más “novedades” de las que verdaderamente se han producido.

En este contexto, conversar con Traversa resulta insoslayable, al menos por dos puntos centrales de interés. Por un lado, porque su obra adscribe a la teoría de las mediatizaciones que no se circunscribe a los últimos años o siglos, sino a la “larga trayectoria” planteada por Eliseo Verón (2013, 2014). Es decir, una perspectiva que se despega de la mirada de los investigadores europeos que

¹ Se agradece especialmente la colaboración de Laura Amarilla para la realización de esta entrevista.

plantean que la mediatización se inicia con la modernidad (Thompson, 1995), o incluso en una etapa más reciente, posterior a la aparición de la televisión (Hjarvard, 2008). Por otro lado, la formación en semiótica de Traversa, pero también en biología, y el vínculo de varias décadas construido con Verón, con quien mantuvo en los últimos años una relación personal y académica muy cercana, lo convierten en un interlocutor fundamental para reflexionar acerca de los procesos actuales y la posición de la semiótica frente a las “anteriores” y “nuevas” problemáticas.

GASTÓN CINGOLANI (G.C.) & MARIANO FERNÁNDEZ (M.F.): **Teniendo en cuenta lo aparentemente “novedoso” de las mediatizaciones actuales, quisiéramos preguntarle cuál es su posición al respecto: ¿Cómo juzga las modulaciones de esa “novedad” (si usted considera que las hay) en las relaciones entre lo individual y lo colectivo? ¿Cómo se ve esta cuestión desde la perspectiva de la “larga trayectoria” y como observa posicionada a la semiótica frente a dicha problemática?**

OSCAR TRAVERSA (O.T.): Diría, en principio, que cuando se trata la cuestión de la mediatización, se está frente a un objeto del que no he podido localizar, al menos hasta el momento a través de mis lecturas, una descripción clara acerca de su complejidad. Esto importa, pues la complejidad de los objetos es la que regula finalmente los cursos de investigación y abre el paso a las correspondientes estrategias de trabajo, así como los instrumentos que se deben poner en juego en su desenvolvimiento. Si se quiere medir la tela para hacer un saco sport, con la regla de palo de la modista seguramente será suficiente; si, en cambio, es necesario medir la tolerancia de un sistema mecánico, por caso un émbolo que se aloja en una cavidad, hay que hacerlo con un calibre sofisticado para conocer si el émbolo va a entrar con la precisión necesaria en el correspondiente agujero. Bueno, en la investigación ocurre algo parecido, hay que tener una cierta visión de la complejidad del objeto para regular los instrumentos a utilizar, las estrategias y el carácter de las hipótesis; ver cuáles alcances tienen cada una de ellas y en cuáles términos serán formuladas. Esto es una actividad previa que me parece importante, particularmente en este caso. ¿Por qué? Porque pienso que la mediatización involucra el mayor nivel de complejidad que, en la historia del pensamiento, se le ha planteado al espíritu humano. Valga decirlo, estarían de acuerdo buena parte de los filósofos de la ciencia de nuestros días. ¿Por qué? Es bastante sencillo de responder al observar las dimensiones participantes, pues intervienen: 1) cualidades individuales intrínsecas a los actores del proceso y las características colectivas de sus desempeños, 2) junto al bagaje de soluciones técnicas relacionales al fenómeno que se han desenvuelto en su historia, 3) sumando los avatares propios del desempeño colectivos en todo el tránsito del proceso, desde su constitución como tal, el que coincide con el curso de la especiación del *Homo sapiens*.

El pensar de esta manera es lo que llevó a ciertos investigadores (en particular a Verón; y de manera derivada y mucho más modesta, me llevó a mí y seguramente a muchos otros, aunque no tantos, en verdad) a cumplir con una tarea exegética. En tanto que esa respuesta importa un desafío a ciertos puntos de vista acerca de la complejidad que, por razones de tradición intelectual, conlleva tener en cuenta el conjunto de las dimensiones del problema; lo que implica, finalmente, dejar de lado puntos de vista consagrados acerca de las cualidades –tanto temporales como espaciales– acerca del fenómeno de la mediatización.

G.C. & M.F.: ¿Cuáles serían esas cualidades?

O.T.: Al pensar efectivamente los tres componentes que acabo de formular, no es posible desatender, por un lado, el desenvolvimiento ontogénico, es decir: somos seres que nacemos a partir de un conjunto muy pequeño de células y que nos desenvolvemos hasta conseguir un altísimo grado de complejidad; no sólo fisiológica en cuanto a las funciones, sino complejidad relacional. Esta última incluye todo aquello que compete a la interrelación cognitiva y pasional con los otros, sea individual o ligada a colectivos: ¿te quiero, no te quiero?, ¿quiero saber, no quiero saber?, etc. Esas preguntas suelen formularse cuando alguien entra a formar parte de un colectivo de pequeña o gran dimensión; y sus respuestas agregan tanto a la diversidad individual como colectiva, dado que son situaciones de las que nadie queda al margen, suman complejidad al fenómeno, momento a momento. Visto en la larga duración, estos interrogantes *informulados* suman complejidad a lo largo del curso filogenético del *Homo sapiens*. Porque, si incluimos estos últimos componentes –los que hacen a los funcionamientos del aparato corporal–, estamos suponiendo que ellos tienen algún origen, que salieron de alguna parte, que tienen relación con algo del mundo y que es necesario circunscribir sus diferencias con el resto. Pues bien, el resto son las especies vecinas y sus desenvolvimientos propios como especie, comparados con los nuestros, lo que nos muestra como singularidad. La comparación torna a un grupo diverso, pero con semejanzas singulares, lo que solemos llamar especies: la mosca, el *sapiens*, los caballos, etc. Entonces, si se piensa en la triada antes mencionada, como necesaria para poder abarcar la complejidad de la mediatización y para ser consecuente con la pertinencia misma de esa triada, se requiere responder a: ¿Cómo se asocian esas tres partes? ¿Cómo se relacionan entre sí esas instancias para dar lugar a



Inflexiones del discurso. Libro publicado en 2014 (Santiago Arcos editor / SEMA).

un fenómeno *singular* que caracteriza *singularmente* a la especie y es el soporte de su identidad?

El primer asunto a considerar es que el *sapiens* no es una especie aislada –sin pasado–, sino que deriva de otras con grandes semejanzas, lo que da lugar a una reflexión acerca del funcionamiento particular de la cognición que lo distingue del resto. Circunscribir este asunto satisface en principio, al menos parcialmente (no creo que en general), a partir de saber que esta especie convivió con algunas otras especies cercanas, las que tendrían algunas propiedades más o menos semejantes; y el *sapiens*, por una curiosa circunstancia, aparece como una especie triunfadora. Las demás se extinguen y queda el *sapiens* como una “primera entre pares” del género *Homo*, que en algún momento tenía otros miembros.

Esto último es una tarea que correspondió y corresponde elucidarla a la paleontología y, en especial, a la paleoantropología. No es una tarea ociosa, porque de alguna manera está señalando que ciertas propiedades del *sapiens* le han permitido estar sobre la tierra, haciendo frente a una enorme diversidad ecológica. En especial, para haberla poblado, debió valerse de su atributo principal que lo diferenciaba del resto. Nos remitimos, como hipótesis inicial indispensable, a su condición social *fundamental*, no ser una especie de vida aislada, asociada esa propiedad a otras condiciones para llevar adelante la tarea de poblar el mundo y aquí viene otra pregunta: ¿Cuáles son esos atributos vinculados a la *socialidad*? Es imposible descartar a una particularidad adjudicable al *sapiens* que consiste, a diferencia de las otras especies con las cuales convivió, que fue capaz de producir transformaciones circunstanciadas sobre el ambiente y sus conductas, las que permanecen en la sucesión de generaciones. Voy a poner un ejemplo sencillo de índole general: un hornero hace casitas muy complejas todos los años, todos los años desde hace muchos milenios construye las mismas casitas; mientras que nosotros, contrariamente, en un lapso muy pequeño, muy reducido, hemos modificado de una manera vertiginosa los frentes de nuestras moradas, templos, lugares de espectáculos, cementerios... qué se yo, todo aquello que se daba para convivir individual o colectivamente, como nos lo muestra la historia de la arquitectura, la historia del arte, etc. Es decir, estamos frente a una especie que tiene cualidades singulares en relación con su desempeño, que consiste en fijar los resultados de ese desempeño.

Bueno, pero ¿cuáles son esas cualidades? La primera cualidad es que tiene una mente capaz de poder interrelacionarse con otros de su misma especie. Y puede, de diversos modos, transmitir las experiencias que ha realizado en relación al mundo. Hábil, al igual que los miembros de otras especies, construyó herramientas –importantes en cuanto a la adaptación– para cortar, por ejemplo. La fragmentación confiere una diferencia, en calidad y cantidad: con una pieza de caza que debe distribuirse entre los cazadores, ese útil brinda plasticidad y tiempo respecto a las tareas que realizaba sin esos útiles. Se suma, en nuestra especie, que ese hallazgo se fija en el tiempo. Así las diferencias se suman: el

sapiens es la única especie que enseña, que tiene la cualidad de transmitir sistemáticamente el saber adquirido por las experiencias circunstanciales, a partir de sistemas de relación que pueden dar cuenta de esas experiencias y transmitirlos: nos referimos a los lenguajes como instrumento capital y absoluto.

¿Y cuáles son las cualidades de los saberes que se pusieron en juego para que se produzca ese éxito? Se hace entonces necesario contar con recursos que liguen las cualidades de las herramientas y las virtudes de su empleo, instalarla en el tiempo. Es decir, entonces, que pertenecemos a una especie que cuenta, como uno de sus perfiles, el de una fuerte socialización y en la que sus experiencias singulares se integran al colectivo, y así participan, en cuanto a su propio desenvolvimiento, como el de la especie.

El acto de transmisión y fijación de una técnica implica contar con un recurso que implique indicar que el útil se usará mañana o en un futuro indeterminado. Se hace necesario en consecuencia operar con un relato que lo indique. Entendido de este modo notamos que no podemos, hasta el presente, prescindir de narraciones, de las que se encargan los lenguajes. Es decir que somos un producto del hacer colectivo: desde la primera herramienta de piedra hasta las más sofisticadas herramientas del presente, para bien y para mal. Es necesario integrar estos procesos para poder desentrañar la compleja trama que comprende el curso de la mediatización, la que –dada su complejidad– no podemos pensar como un curso lineal: es necesario tener en cuenta el azar de las recurrencias, las que carecen de un orden sucesivo de causación simple; un rasgo cualquiera de la mediatización no se explica solo por un “antes” anterior e inmediato, sino por una suma de emergencias “sin tiempo”.

G.C. & M.F.: ¿Es una socialización privativa de los homínidos?

O.T.: Hay otros bichos que tienen cualidades sociales muy desarrolladas (entre los mamíferos los lobos, por ejemplo), una socialidad que sirve, en la misma fórmula adaptativa de desarrollo de la que hablamos, pero sin progreso: les sirve para repetir con mayor eficacia, pero siempre con la repetición de los mismos modelos en los mismos espacios y bajo condiciones semejantes. Otra de las facultades asociada a las sociales consiste en la plasticidad del genotipo del sapiens, la de tener cualidades adaptativas de las que otras especies carecen: a la altura, la temperatura, etc. Hay comunidades que viven a cuatro mil metros, y otras capaces de hacerlo bajo tierra y otros en mil variantes distintas. Es decir: solo con un genotipo que funciona de manera amplia pudo, acompañado con los desarrollos de la mente (que suma técnicas que resuelven adaptativamente las diferentes circunstancias), poblar y transformar, en conflicto con esas mismas circunstancias y condiciones naturales, poblar el planeta.

¿Qué quiero decir con todo esto? Vayamos enumerando. Por un lado, hemos tratado de circunscribir la complejidad, en los tres grandes dominios a los que aludí hace un momento, a partir de la singularidad del actor principal de

la mediatización hasta las técnicas y contingencias sociales. Todo ello limitado como fenómeno a una especie, el *Homo sapiens*, posiblemente no baste con lo que he dicho, pero constituye un marco general para enfrentar el problema. Y cómo es esa complejidad, y los factores que la integran, aquellos que hacen a la instalación misma del *sapiens* como elemento ejecutivo y especie dominante del último millón de años aproximadamente. No importa la cifra, eso lo saben mejor los antropólogos y los arqueólogos. Lo que sí importa es que esas condiciones iniciales admiten o propician el desenvolvimiento de la especie como tal. Se generan herramientas, y esas herramientas son todas de carácter social. Es decir, intervienen en procedimientos que hacen que el colectivo funcione mejor: que la casa se aproveche de una manera más eficaz, que invente agujas que puedan generar trajes a medida, hacer museos o cosas diversas y en apariencia bastante raras, cementerios, honrar a los muertos... cosas tempranas del *sapiens* y que perviven a lo largo de todo su desenvolvimiento. Si somos lo que somos es de algún modo porque ya lo fuimos: “Iguales, pero un poco distintos”, diría Borges.

G.C. & M.F.: Es allí que la mediatización hace su papel...

O.T.: No me cabe duda. Lo que surge como pregunta cuando se plantea esto, una pregunta muy fuerte es, pues bien, si el *sapiens* enseña, hace cosas, transmite de generación en generación, opera socialmente, pero: ¿cuáles es el instrumento del que se vale para hacer todo eso? Y acá viene la cuestión central que nos ocupa: la cuestión de contar con un sistema que favorece la *presentificación* de la actividad mental, es decir la exteriorización de la actividad de la mente. Pero no basta decir eso, porque también el perro de la casa mueve la cola si está contento o el gato ronronea. Es decir, una demostración de la actividad de su cerebro en relación con sus cohabitantes. Pero esta actividad mental tiene una propiedad muy particular, la que conlleva un conjunto de *funciones* (vamos a llamarlas, por el momento, *funciones*) que admiten, precisamente, la dinamización de esa actividad a partir de la actividad colectiva. ¿Qué quiero decir con esto? Si un bicho cualquiera (un *sapiens*) parte una piedra de algún modo y muestra a sus familias o participantes del clan de que la parte filosa es útil para pelar la piel, cada uno de los participantes de esa relación, a partir de algún tipo de señal (posiblemente una señal gestual) es la que de alguna manera captó la voluntad de decir “esto sirve para pelar pieles de tigre”, etc. Es decir, señales que son inteligibles y tienen una cierta duración en el tiempo. Perviven como tales. Tampoco esto es suficiente para explicar la cuestión. Pero sí una tercera (yo la voy a resumir muchísimo) que seguramente da una idea: el cálculo. No el cálculo simplemente de sumar y restar, sino el cálculo como actividad medible a desenvolverse con el cuerpo, para que se fatigue menos, por ejemplo.

G.C. & M.F.: Nosotros pensábamos que como creación de futuro. ¿El cálculo como proyección?

O.T.: Enseguida aparece lo que ustedes dicen. Porque, por ejemplo, el cálculo es “tenemos que hacer martillos para...”. Pues bien, pero no tenemos las piedras duras, hay que ir las a buscar a un sitio. Bueno: quien se encargue de buscar las piedras, tendrá que ir, caminar ochenta pasos hacia allá, hasta el árbol, luego ir a la izquierda, etc. Construir un modelo de cálculo para que el otro pueda operar colectivamente. Es decir, tiene una serie de requisitos que son la constancia, la pervivencia, la comunicabilidad y el uso en el cálculo. Cosa que tampoco es suficiente porque evidentemente esos agentes individuales (y ahí viene uno de los capítulos muy importantes) son objeto muy especialmente de una cualidad –que la tienen otras especies, pero que esta especie la exagera– que es la de notar la singularidad absoluta. Es decir, cada uno es distinto al otro. Tiene algo que forma parte singular de su actividad: camina más rápido, por ejemplo. Cosas distintas que le dan una entidad particular, es diferente al resto. Esas diferencias con el resto son el horizonte de base de las construcciones pasionales: lo quiero para mí, lo voy a compartir con el otro, etc. Todo aquello que hace generar una suerte de entorno singularizante. Entorno singularizante que, por supuesto, después se multiplica y tiene grandes divisiones: se han hecho muchos experimentos, como con los macacos japoneses, quién es el líder, etc. Son cosas que se conocen hace mucho, investigaciones que vienen desde hace cincuenta años, y que hay que ponerlas a jugar en nuestro terreno.

G.C. & M.F.: ¿Cómo colabora esto para situar las innovaciones en la larga trayectoria de la especie?

O.T.: Bien, lo que yo quería tratar de mostrar en esta primera franja de conversación es que la *larga duración* como tal no es simplemente un propósito ocioso de decir “las cosas existieron antes de lo que uno podría suponerlo”, como alguna actividad museística, bueno “acá la primera bicicleta era igual a la que se fabrican en nuestros días”: no. Esa primera bicicleta era un instrumento que contaba con ciertas propiedades relacionales que de algún modo desenvueltas dieron origen a la bicicleta que está aquí. Y no podremos utilizar esta bicicleta ni fabricarla eficazmente si no nos detenemos un instante en el curso de este desenvolvimiento. Sería eso, de algún modo, centrar la mirada antropológica o semioantropológica porque esto comporta, nada más ni nada menos que el origen y el desenvolvimiento del lenguaje que es el asentamiento fundamental de la semiótica. Sin una referencia ni una reflexión sobre eso, la



Cine: el significante negado. Libro publicado en 1984 (Editorial Hachette).

semiótica prácticamente carecería de una entidad lo suficientemente sólida, o algo peor: sería inútil. Se trata de poder examinar el pasado a través de su trayecto discursivo y los modos en que se hace presente nos permiten su aprovechamiento, de lo contrario se transforma en una pieza decorativa, es decir, vacía de pasado.

G.C. & M.F.: Sobre esta dificultad para establecer qué es lo novedoso en determinados momentos: el decurso de la especie ha tenido momentos de extensos periodos con pocos cambios (por lo menos, poco detectados) y algunos momentos revolucionarios, que han transformado la condición misma de funcionamiento de la especie. En la contemporaneidad tendríamos esta especie de curva extraordinaria, donde los que se consideran grandes cambios, las mayores evoluciones, aparecen cada vez más seguido, y la percepción de que los últimos cambios son más fuertes y más frecuentes. ¿Es un error de sesgo o es un verdadero modo de evolución de la especie en cuanto a su funcionamiento socializante (no genético, por ahora)?

O.T.: Se podría, si se quiere, resumir en un Jano, como se sabe de dos caras: una de ellas (creo que la más evidente) es que cada uno de los momentos, mirando hacia atrás, presenta un crecimiento de la complejidad. Y esto muchas veces hay que decirselo a los estudiantes con cierta cautela, porque creen que es algo que pertenece a la metafísica (un principio abstracto del crecimiento), pero no: si uno, por caso, tiene una tenaza y un martillo, y mañana compra un serrucho, un destornillador y alguna máquina de perforar en una ferretería, el tipo de operaciones que puede realizar para la producción de un objeto cualquiera cambia en dos direcciones: se multiplican en número, por una parte, las operaciones y, por otra, esas operaciones van a agregar perfección al objeto que se ha producido, una mirada diferente sobre ese objeto, es decir, un crecimiento de la complejidad que va a llevar seguramente a que mañana se haga otra cosa singularmente más difícil, útil y bella.

Esto es sobre lo que hay que prestar atención. Y efectivamente, de acuerdo con ustedes, el crecimiento de la complejidad es motivo de perplejidad en la mirada del no experto y, a veces, de desazón en los que se consideran idóneos frente a lo inexplicable. Pero basta detenerse un instante para notar que los cambios, en uno de sus aspectos, son fruto de una cualidad de lo observado, una noción que es necesario poner en juego para ayudar a la observación es la de “plasticidad de la técnica”. Cada una de las técnicas difiere en ese aspecto, el antiguo tallado de la piedra es menos plástico que el adjudicable a las técnicas cerámicas, los dispositivos electromecánicos son menos plásticos que los electrónicos.

En cuanto a la otra cara del problema que ustedes plantean, vale la pena detenerse un momento, veamos: ¿Acaso esto del vértigo de los cambios es una constante o es algo circunstancial? ¿Depende de factores exteriores? Yo diría

que depende al menos de dos cosas parcialmente yuxtapuestas: la primera de ellas es que toda visión del pasado es una visión construida, no podemos hacerlo de otra manera. El pasado se ha extinguido, tenemos algunos componentes, indicios acerca del funcionamiento de ese pasado y tenemos el lenguaje: armamos con eso una visión de aquello que pasó. Como si el pasado siempre estuviera inundado de esa operatoria del presente. Es ineluctable que así ocurra. Voy a su señalamiento, que me parece muy importante: sí, efectivamente existe esto, es así. Pero existe otro factor que hace a esta mecánica tan particular del *sapiens* de estar en un permanente juego de intercambios muy heterogéneos de señales. ¿Cómo y en qué medida afectan estos hallazgos al conjunto, al colectivo? Porque esto es un lugar común: si los mosaicos que se encontraban hace tres mil años entre el Éufrates y el Tigris en la media luna de las tierras fértiles (que actualmente lucen en tantos museos) eran referidos a transacciones comerciales, hablaban de la vida cotidiana, lo hacían de una manera generalmente lejana. Es muy posible que esa técnica (por lo que muestra que son grandes herencias, movimientos del estado, inventarios) estuviera muy limitada a círculos extremadamente pequeños. Eso pone una distancia entre otros marcadores culturales, con respecto a esa tecnología en particular. Es decir, por un lado, la ineluctable inscripción histórica y, por el otro, el lugar que ocupan esas herramientas en los contextos en que se manifiestan. Porque lo podemos contrastar –no con el presente, para no ir tan lejos– con la aparición de ciertos productos de la prensa en el siglo XIX. Que sí, fue una revolución, hablaba por toda la gente, había debates en la propia prensa, los tipos antaño se peleaban si esto tenía que ser así –tal cual procedían los periódicos– o de otro modo. Efectivamente fue un momento (en las décadas del 30, 40, 50 del siglo XIX) muy “charlatán” en relación con los medios, más aún con la fotografía y todas esas novedades. Extremadamente charlatán y no por bocas inexpertas: Baudelaire pensaba que se había terminado la literatura, que todo sería periodismo de prensa.

Mientras que en el siglo XVIII o en el XVII eran más bien cautos en relación a la mediatización: pues el gran objeto del intercambio era la carta. Prácticamente uno puede rehacer y reconstruir la historia de esos momentos a partir de la correspondencia (que se ha hecho ya, se ha recogido correspondencia de todos los grandes personajes de esa época en libros), de la cual no se pensaba como trascendente, simplemente no se pensaba, era lo dado, una técnica sin discurso exaltatorio; una técnica que se soslayó por la aparición de la imprenta y su gran difusión. Es necesario señalar también que el libro se tornó tardíamente en objeto de reflexión, hoy (no en su momento) hay historiadores que consideran que la imprenta fue una revolución no reconocida y otros dicen que en realidad se reconoció, pero no fue tan revolucionaria porque fue muy extendida en el tiempo. En síntesis, hay quienes *calientan* la emergencia de la imprenta y quienes la *enfrian*, es decir, esa es una zona de debate académico. Mientras

que la aparición de la prensa moderna, a todos les produjo un cierto escozor y todos se colgaron de ella para discutirla, tanto en el continente americano, porque se discutió mucho en Estados Unidos, como también en Europa, en los grandes centros urbanos. Entonces estas dos construcciones nos llevan al momento actual, que también es un momento muy charlatán con respecto a la mediatización, extremadamente charlatán.

También habría que agregar –en lo que concierne al presente– que existe una hipertrofia de la vida intelectual, muy asociada con lo que podríamos denominar la mercantilización del discurso; surge una especie de gigantesca promoción que propone llenar las bibliotecas, se da a entender que la posesión de un libro, por caso, aumenta por ese acto el caudal cognitivo. Se exagera el objeto de manera fetichista, y se desatiende el uso mismo del objeto. No es que existen muchos libros porque existe mucha gente que lee proporcionalmente a esa cantidad; más bien es un objeto que ocupa un lugar decorativo, de jerarquía intelectual o posición social, pero se deja de lado el reseñar (y exaltar) su gigantesco impacto político y social (basta recordar su papel en la reforma y contrarreforma religiosa). No me refiero a la mercantilización del libro, pues él fue la primera mercancía...

G.C. & M.F.: ¿Por qué son más importantes que la importancia que se les ha concedido? ¿O al revés?

O.T.: La importancia es una dimensión pluridimensional, es así que resulta muy difícil evaluar el exceso o el defecto. De todas maneras, cabe realizar una aproximación. Es cierto que el momento de la invención de la imprenta o en el epistolar, la cuestión del efecto social, político o sanitario de los medios no estaba construida como problema, su constitución es tardía. Sobre el fin del XVIII y al principio del XIX se le adjudica importancia política (por ejemplo, la enmienda de la Constitución de los Estados Unidos, referida a la libertad de prensa, que de 1789). No es de descontar tampoco que los grandes estudios sobre opinión pública (fin de la década de 1920, extendidos en los años treinta) se centran en la conducta electoral.

Muy distinto es lo que ocurre en el caso de la mediatización en nuestros días, cuando de distinta manera se halla consolidado –mal o bien– un objeto. Más aun a partir de la existencia de redes sociales, las que fueron creciendo en los últimos veinte años y otros fenómenos asombrosos (el comercio, lo electrónico, el trabajo domiciliario, etc.). Está claro que esta importancia se asigna a partir de una parcialidad, pero cuando se miran los números y se establece la proporción con respecto a los habitantes del planeta, eso se enfría. Es así, pero solo en ciertas zonas; en otras zonas eso no se cumple de la misma manera, entonces estamos un poquito ante lo que decíamos: existen formaciones discursivas que por su naturaleza hincan más sus pies en el fango de un área y quedan en la superficie en otras (en países o diferentes sectores de la sociedad en una mis-

ma área). La cuestión de la importancia, en cuanto a su expansión e impacto es siempre paradójal: las tecnologías electromecánicas (desde la iluminación hasta el transporte) o las armas de fuego, saturan al planeta a partir de principios del siglo XIX, pero difieren en cuanto a su lugar en la crítica académica.

G.C. & M.F.: Sobre la importancia que se les concede a ciertos impactos, la cuestión de la novedad y lo que usted plantea de las sociedades “charlatanas”: no es casual que una sociedad charlatana sea la del siglo XIX, porque esa charlatanería es una charlatanería pública. Digamos una charlatanería mediatizada y pública. La otra es una charlatanería subterránea, que se pierde... La de las cartas uno la puede recuperar con ciertas dificultades (charlatanería epistolar), pero la charlatanería mediática es bien del siglo XIX, y ahí sí hay un cambio de naturaleza social que es la aparición de la actualidad como un fenómeno de realidad, que no preexiste a ese momento. Porque la “actualidad” es un fenómeno del siglo XIX, de simultaneidad de discursos, de alteración de la temporalidad, etc. Y uno podría pensar que el momento actual transforma algo de eso. Finalmente, la actual, desde el punto de vista de la naturaleza del fenómeno, sigue siendo una sociedad muy charlatana porque es posible registrar todas las formas de charlatanería.

O.T.: Sí, vamos a una cosa que quería hablarla sobre el final, que es la cuestión de la velocidad. Usted acaba de introducir algo muy importante, que es la noción de actualidad. Es decir, cuando se habla de actualidad, es que de algún modo se habla de la *copresencia* de uno con los otros y con el suceso (groseramente hablando), lo que requiere algún tipo de artificio que haga posible que las tres instancias estén en contacto con el mismo hecho. Es decir que hayan surgido instrumentos que hagan posible la “charlatanería” –o como quiera llamarse– entre los actores sociales. Cuando se mencionan los comienzos del advenimiento de la opinión pública se suelen mencionar la existencia de espacios de reunión de libre acceso (el café, por ejemplo), que propician la posibilidad de conversación y lectura colectiva (el acceso a los periódicos); la maduración política se imbrica con la posibilidad social de su fructificación, acaecida está entre el XVIII y el XIX. Es precisamente el aumento de la velocidad de impresión de la imprenta la que pone a la prensa al alcance de cada vez mayor número de lectores. Procedimiento, este último, que se articula con el desarrollo del ferrocarril, el que aumenta la lectura a distancia de las grandes urbes.

Hace muy poco existía (en Argentina) el periódico *La Razón*, que producía por la tarde dos ediciones, la quinta y la sexta, restos tardíos del proceso propio de los procedimientos *broadcasting*, del que la radio fue la gran protagonista. Procedimiento inaugural para la creación de la *actualidad*; promotor y a su vez consecuencia de la conversación. Esto, que se exagera con el tiempo, me parece que es crucial. No son ya sólo las señales escritas lo que la promueven: aparecen inventos como la fotografía, señal acerca de ciertas realidades del mundo y un

empujoncito más allá los medios sonoros y audiovisuales. Hasta la actualidad presente, donde esta se modifica para un gran número de actores sociales, ella opera sin necesidad de una presencia “del otro”, con un borramiento absoluto del testimonio principal, vale decirlo: el cuerpo; su presencia en la radio y la TV (hay “otro” figurable a través de su voz o su “voz y figura” en la TV). En las redes informáticas suceden otras cosas.

Esta actualidad que parecería acuciarnos y prácticamente perseguirnos, con tendencias y caminos diferentes y polémicos en este momento, tiene dos escalones. Un escalón que ha sido el escalón de los grandes asombros y la conversación sobre los grandes asombros, que ha sido, más bien y en general, de carácter pueril. Pensar demasiado en que no existía un “antes”. “¡Ah, qué lindo!, todos tenemos la imagen en nuestro living: se movió el mundo hacia nosotros”. Bueno, pero antes estaba ese mundo a dos cuadras, luego la TV era un cine más chiquito, qué se yo; se podrían establecer muy rápidamente las líneas que mostrarían que eso que se supone como actual no lo es, o lo es solo a medias.

Un segundo escalón, podría llamarse de la singularidad técnica que, de alguna manera, condensa aquello que era el pasado. Aparecieron ciertas técnicas en las que todo aquello que se aparecía como sustancias separadas (radio, televisión, el cine, lo cotidiano, etc.) podría resumirse en cosas muy particulares como el *smartphone*, susceptible de reducir todo ese mundo a una suerte de elemento común que es la *organización numérica de ese mundo*. Para el caso, no entra solo la actualidad, sino también todo lo que la precede: ella puede acompañarme adonde sea.

G.C. & M.F.: ¿Por qué “numérica”?

O.T.: Porque es evidente que por medio de números podemos designar a cada cosa y también a sus cualidades y adjudicarle una entidad singular a partir de un sistema de diferenciación riguroso. Esas entidades singulares sólo pueden ser abarcadas por un procedimiento que no tenga prefijado de antemano algún valor semántico. Esta propiedad la posee la serie de los números naturales, que puede, a su vez, designar también a otro tipo de números y operar con ellos e indicar los taxones en que se sitúan y los órdenes de magnitud que se le pretende asignar, susceptible asimismo de realizarse con otros sistemas, diferentes del que usamos habitualmente.

La digitalización, un sistema entre tantos otros, no es otra cosa en primer lugar que un cambio de escritura de los números naturales, donde se pasa de designarlos a partir de una lengua particular, la propia de los usuarios que tiene en cuenta para hacerlo su base de diez caracteres, a otra que se organiza por medio de dos a partir de un conjunto de reglas abstractas que solo comporta dos vocablos. Dando lugar a una economía figural de caracteres que facilita su procedimiento, mientras que nosotros para escribir, para denominar la cifra “1723”, tenemos la palabra que lo indica en nuestra lengua y se emplean

cuatro caracteres. El empleo de solo dos multiplica el número de caracteres, pero disminuye el empleo de diez figuras, como ocurre en el que usamos de manera corriente. Pero su empleo requiere de un sistema tal que permita el acceso y la manipulación de esos fenómenos a una velocidad incomparable con todas aquellas que solo se valen de nuestro esfuerzo. Es la inclusión de ese procedimiento lo que aprovecha la adopción del sistema binario. Ese tránsito de sistema y su posibilidad de aplicación fueron previstas por Shannon (1938) en 1937, a partir de una tecnología mecánica, más lenta que las electrónicas que le siguieron unos años después.

Este último hallazgo –y sus gigantescas concreciones posteriores– produjo dos grandes fenómenos en el terreno de la reflexión en cuanto a la mediatización, que son, a mi entender, los que caracterizan los debates actuales. Uno de ellos consiste en la pura fascinación de sus potencialidades futuras y la puesta por delante de la velocidad operatoria como factor determinante de los actuales desarrollos; todos los sistemas serían el fruto de ese factor. Hay quienes, en cambio, han empleado su tiempo en describir todo aquello que se puede hacer con un sistema binario y con los productos radicados en su memoria o en la red, gracias a lo que se ha dado en llamar *plataformas*, como espacio donde se cumplen las operaciones. Estas últimas, operando sobre textos, consistirían en tomar partes y sacar partes e intercambiarlos con otros textos del archivo; producir subconjuntos que van a ser intocados y guardarlos en otra base. A esos conjuntos es posible acudir por parcialidades o en todo, etc., para dar lugar a otro texto y alojarse en una memoria lejana, pública o privada. Todo eso no es más que la operatoria que se realiza con la biblioteca personal o los alojamientos más sofisticados a los que se pueden recurrir gracias –precisamente– a la red. Describen, entonces, una biblioteca; más allá, describen operaciones retóricas que han cumplidos don milenios y medio u operaciones ya descritas en el terreno de la literatura, por ejemplo, muchos años atrás. Todo esto se justifica porque se hace más rápido y, a veces, porque pueden hacerlo más personas que antes. La cantidad se pone como virtud por delante. Algo que, por sí solo, automáticamente, gracias a que el aumento de la velocidad, haya producido un crecimiento de la productividad o en diversas dimensiones que corresponden, por ejemplo, la calidad.

Se han escrito extensos libros explicando cómo fenómenos metadiscursivos eran una especie de creación de las tecnologías, que las fragmentaciones y los montajes de texto de diferentes fuentes (el corta-pega) correspondía a las tecnologías del presente. Cosas de este tipo daban origen a un nuevo perfil humano: el *prosumidor*. Puesto que asume el doble papel: consume y produce. No es así, el “montaje” textual se atribuye a Tucídides (400 a. c.) y desde siempre el *Homo sapiens* cumplió ese doble papel. La cuestión reside en señalar cómo y con cuáles características y procedimientos realiza un cambio en las relaciones entre esos términos. Queremos decir: ¿Existe un cambio operatorio de las

operaciones mentales? ¿O se trata de una adecuación indiferente a las nuevas circunstancias; un recurso sin consecuencias en cuanto a la emancipación?

Pero, ¿qué ocurre? ¿Qué es lo que tiene como núcleo “ideológico” que corroe a estos argumentos que presumen de novedosos? Pues porque trabajan sobre existentes, en las aguas en las que se ha producido la detención de su curso, y no se advierte su origen. Tales manifestaciones no nos liberan, no permiten el acceso a la fluidez del pasado en el presente, a advertir el cauce de la “semiosis infinita” (Peirce, 1974, p. 59). No liberan, en fin, la cualidad enunciativa de los discursos que se pierden en las fórmulas numéricas que solo advierten la cantidad. Es decir, no da cuenta de las diferencias que movilizan el curso de los procesos discursivos (designativos de los procesos del mundo), las diferencias entre producción y reconocimiento, los desfases (Verón, 1988), todo eso queda de lado del analista “lento”, que es el único que se puede aprovechar de la velocidad de las máquinas. En cambio, este supone que ella le liberará *per se* un campo problemático no tendrá otro destino que el repetirse.

Esto es una cosa que le pasa bastante seguido a ciertas versiones de la llamada inteligencia artificial: buena parte de ella es un edificio construido totalmente en producción, del lado de lo constituido; mientras que el fenómeno social por excelencia es el reconocimiento, en el que los actores sociales hacen, producen y desordenan el mundo, ese no aparece por ninguna parte. Aquí tengo esta máquina (señala su computadora) que es de muy buena calidad, dotada de programas potentes, me ha hecho muchísimos favores siempre acerca de lo constituido. Lo que me permite salir de ese estado no me lo da. Esa creencia se ha hecho carne en diferentes autores: muchos “se pasan de rosca” y entonces llaman “medios” a los que no son medios; otras veces, autores bastante importantes (algunos muy importantes, porque han sido observadores de cosas que vale la pena observar) se han empantanado en una concepción metafísica del mundo. Sólo hay un “antes” donde refugiarse y no hay una proyección sobre un después dinámico a la vez resultado de ese “antes”, pero ineluctablemente distinto. Lo que digo no es de mi cosecha, corresponde a Peirce: todo enunciado es un enunciado potencial. Es el de “algo” a suceder, no de algo que está hecho. Incluso un enunciado de algo que está ya hecho es también un enunciado potencial. Es afortunadamente fatal, el sentido es siempre un fenómeno de reconocimiento.

El talón de Aquiles de esta cuestión reside allí, el lugar donde esa posición se empantana, aquí y allá surgen trabajos que llenan estanterías: “se ha comprobado que 365 millones de emisiones de pequeños mensajes tienen la cualidad de detenerse en vez de 140 caracteres, en 137” ¿Por qué se generó esa especie de gran esfera fenoménica librada a la puerilidad?

G.C. & M.F.: ¿Y por qué?

O.T.: Para mí, y desde el punto de vista groseramente epistemológico (no

tengo hipótesis sobre otra cosa), pienso, no sé si con razón, que no se entendió bien la teoría del número.

G.C. & M.F.: ¿Cómo sería eso?

O.T.: Pienso en algo simple, precisamente en una cuestión preliminar muy sencilla que consiste en que solamente el cambio de inscripción de los números arábigos en los números binarios es el que se puso en fase con la posibilidad del 0-1 y alta velocidad, que permite la electricidad y que un artefacto que conserve los datos es suficiente para producir modificaciones de las conductas de relación. Finalmente, sólo es a principio de siglo XX cuando aparecen estas cosas, ¿no? Antes la hija de Lord Byron² y tantos otros, en la metáfora de comparación con el Jacquard (producto del siglo XVIII) y las tarjetas que permitían dar lugar a un tejido complejo (en lo formal y cromático) notaron que era posible programar secuencias de acción que culminaban en productos complejos, si se juntaban cositas chiquitas y esas cositas chiquitas sumadas podían delinear una figura mayor. ¡Flor de descubrimiento! Primeros veinte años del siglo XIX, en ese momento la electricidad estaba limitada al laboratorio de Volta, Ampère y unos pocos más, el descubrimiento podía prescindir de ese recurso.

Pero lo que pasó es un gigantesco obstáculo (digo obstáculo epistemológico) por el lado de la teoría del número que es autónoma y precede a la aplicación de la electricidad. Pero no sólo esa teoría, sino la interpretación de esa teoría, que no puede dejar de lado un fundamento discursivo que le otorgue sentido en cada campo que coloniza. Pues bien, para concluir: no es suficiente una teoría del número ni tampoco quizá una teoría de la computabilidad. Se hace necesario, en principio, una teoría del discurso que anime su relación con los fenómenos referenciales particulares: escribir o leer son fenómenos mentales, la técnica es siempre una dimensión vicaria para su empleo.

G.C. & M.F.: Otro eje que queríamos conversar con usted es la actualidad de la semiótica. Este año se va a realizar el Congreso Mundial de Semiótica por primera vez en Sudamérica, en Buenos Aires. Coincide con los 50 años de la creación de la International Association of Semiotics Studies y los 49 de la Asociación Argentina de Semiótica, pionera en América Latina, de la cual usted ha sido cofundador y después presidió. ¿Cómo ve usted lo que la semiótica puede o pudo aportar sobre este tipo de problemática? Porque lo que acaba de decir, esa interfaz entre la teoría del número y el problema de la discursividad o del sentido, parece también algo sobre lo que hay que ocuparse.

O.T.: Sí, yo estoy escribiendo sobre eso. Pero creo que es algo que tiene dos puntas. Por un lado, está la teoría del número, que es en apariencia una cuestión que concierne a los fundamentos de la matemática y a su vez una cuestión técnica rudamente operacional. Y por otro lado (que lo encontra-

² Ada Lovelace (1815-1852).

rán en diversos autores que trabajaron en eso) están quienes no pasaron del planteo *saussureano* (Saussure, [1916] 2002). Entonces, claro, si para alguien un signo es un signo como el *saussureano* (una manzana es una manzana), es imposible que pueda formular una teoría en la que los objetos son *A*, pero a su vez son *B* y mañana serán *C*. Es decir, son cosas que están instaladas sobre un universo móvil que se está desplazando de manera permanente. Y esto es, si se quiere, *darwiniano* (traje a Darwin porque me parece que no puede faltar en estas conversaciones). Y todas las teorías científicas que soportan la teoría dicha de la evolución es una discusión que trata de la larga duración y el cambio (por supuesto no se puede dejar de lado a Peirce) sostienen precisamente como postulado fundamental la no existencia de determinaciones metafísicas del mundo. Algo que se detiene en un punto y de ese punto es el que se va a irradiar todo y va, de algún modo, a conducir al conjunto fenoménico del mundo. No. Ese punto no existe. Las cosas tienen otras dinámicas, y esas dinámicas son activas, y en las cuales todos estamos metidos. Porque ustedes y yo somos tan agentes de la evolución como el primer *sapiens*, como las moscas y el lenguaje. Nosotros somos también *sapiens* y estamos fabricando todo.

Así lo diría Darwin y así estamos participando en la epidemiología, en la biología, en el movimiento del pensamiento en general. No hay una fuerza singular que nos esté guiando. Eso es a lo que tiende la *naturalización* de lo que se llama la ciencia social, que es precisamente fijarse en que estamos metidos en una situación en la que tenemos que tener teorías muy fuertes para poder abarcar los fenómenos que nos rodean. Y sobre todo este fenómeno tecnológico de enorme magnitud, la naturalización de la ciencia social, no es otra cosa que una exacerbación de la historia.

G.C. & M.F.: ¿Cómo ve usted que esto impacta en el conocimiento de la vida cotidiana?

O.T.: A veces me produce cierta congoja y a veces me enoja que cosas tan delicadas se utilicen mal y las prostituyan. Como las adaptaciones de Shakespeare para el teléfono móvil (¡así les fue!). Y eso es para discutirlo desde el punto de vista estético. A nosotros nos gustan esas cosas. Claro, no se puede volver con Shakespeare al Teatro del Globo en 1603, porque ya no existen el Teatro del Globo ni Shakespeare. Pero hay que romperse el alma por buscar qué pasa adentro de la estructura de ese texto que tuvo la complejidad de aguantarse, nada más ni nada menos, que más de cuatrocientos años. Y haber, además, soportado y gratificado a plurales públicos en esos cuatrocientos años. Tratar de hacer una versión para el teléfono móvil está como volviendo para atrás, no enriqueciendo el bagaje colectivo, sino diciendo “Miren, muchachos, somos todos unos tontos, vamos todos para atrás”, ese es nuestro destino. Como la generación de los *emojis*, que no es otra cosa que una demostración del desprecio por la escritura (y en consecuencia de quienes se someten a emplearlos). Tene-

mos el instrumento más fantástico para conocer y conocernos, pero pretender transformarlo en una mala caricatura... Lo digo por lo que veo y siento: tengo muchos nietos y todos van a la escuela; con ellos noto la importancia que tiene la escritura y la necesidad que ellos tienen de manejarla y, a la vez, el poco cuidado que tienen las instituciones en el dominio de ese instrumento.

Esto, correspondiente a la escritura, deriva en las destrezas: una de las consecuencias graves de que padece nuestra especie es que la estructura del *Homo sapiens* como tal –lo señaló Leroi-Gourhan (1966), hace tiempo– mucho no tiene que ver con las condiciones actuales (en sus más o menos trescientos mil años como especie, sus condiciones de desarrollo fueron muy distintas a las del presente): un tipo caminador, que trabaja con la precisión fina y vista aguda para descubrir pequeños detalles de la naturaleza y valorar una piedra, etc. Hay que tener un ojo refinado y una destreza manual extremadamente acusada para construir una herramienta de piedra: ninguna de esas cosas sirve para vivir en el presente. Es decir, es como si fuéramos máquinas que estamos sobredimensionadas para ciertas cosas y extremadamente débiles para ciertas otras. Lo que se desatendió –y de esto se reían por lo bajo cuando yo lo leía un trabajo al respecto– es lo que concierne a las agresiones de las tecnologías, por caso acerca de la obesidad infantil, como consecuencia de la frecuentación excesiva de los recursos de la informática (juegos o avisos publicitarios que los emplean).

G.C. & M.F.: Es gravísimo...

O.T.: Es una cosa muy seria. Tan seria que además son solo los pobres los que más se joden con esto. Si fuera sólo Rockefeller el que engordó y... bueno: ¡que se joda! pero no. Los que engordaron son los más carenciados, no solo por las máquinas, sino por otras razones que se suman: el carácter de la oferta mercantil, etc. Es otro problema que está conectado con esto. Son asimetrías. Y solo teniendo una clara idea de cómo fue el *sapiens*, qué perdió y qué ganó, es como se puede elaborar un plan estratégico. Acabo con una cosa muy curiosa: cuando yo escucho que todos los puestos de trabajo dentro de 20 o de 40 años no existirán más, yo creo que hay que generar una utopía, una *mixtopía* (Traversa, 1994) alternativa en cuanto a ese lugar.

Digamos que va a ser exigido dentro de 40 años que la gente pique la calle y mueva toneladas de tierra para los jardines. Sea esto para su salud y para una diversión colectiva... Una sociedad bien organizada va a proclamar: “Ahora vamos a dejar las máquinas, para hacer trabajos especiales en la montaña que conllevan esfuerzo: darle duro con la masa al pavimento para repararlos y acarrear tierra para promover los jardines, para mejorar la atmosfera y pasear”, eso sería una decisión plenamente positiva. En lugar de ir a un gimnasio, que es malamente distractivo y que no sirve para mucho (porque si se pedalea mirando un televisor en el que hay alguien que cuenta una historia banal, la pedaleada no tiene ninguna eficacia). Se necesita, entonces, una combinatoria entre la cabeza

y los músculos de nueva factura, cosas muy difíciles por las que nos interesa hurgar en las experiencias del pasado para hacer un futuro distinto. También en nuestros días perdimos otras cosas, la capacidad de generar utopías (insisto: mixtopías). ¿Por qué tenemos que condenar a nuestros hijos y a nuestros nietos a la idea de que no van a hacer nada dentro de 40 años? Consolidar así la tontera de la sustitución robótica. Al contrario, tendrán que romperse el alma de manera importante y alegre para su salud a partir de modos hoy, seguramente, inéditos.

La historia de la mediatización, vista como larga duración, sirve también para reflexionar acerca de estas cosas que necesitan nuestros cuerpos. Es decir, aprovechar plenamente los pasos evolutivos producidos por el *Homo sapiens* que pueden resumirse en la suma de un cuerpo hábil y una mente que puede permitirse aprovechar las cosas del mundo sin destruirlas.

REFERENCIAS

- Hjarvard, S. (2008). The Mediatization of Society. A Theory of the Media as Agents of Social and Cultural Change. *Nordicom Review*, 29(2), pp. 105-134.
- Leroi-Gourhan, A. (1966). *Le geste et la parole*, I y II. Paris: Albin Michel.
- Peirce, Ch. S. (1974). *La ciencia de la semiótica*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Saussure, F. de (2002). *Curso de Lingüística General*. Buenos Aires: Losada.
- Shannon, C. E. (1938). A Symbolic Analysis of Relay and Switching Circuits. *Transactions American Institute of Electrical Engineers*, 57, pp. 471-495.
- Thompson, J. (1995). *The Media and Modernity: The Social Theory of the Media*. Stanford: Stanford University Press.
- Traversa, O. (1994). Mixtopías: las utopías de las sociedades mediáticas. En Fortunati, V., Steimberg, O. & Volta, L. (Comp.), *Utopías* (pp. 65-75). Buenos Aires: Corregidor.
- Verón, E. (1988). *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona: Gedisa.
- Verón, E. (2013). *La semiosis social, 2: ideas, momentos, interpretantes*. Buenos Aires: Paidós.
- Verón, E. (2014). Mediatization theory: a semio-anthropological perspective and some of its consequences. In Lundby, K. (ed.), *Mediatization of Communication* (pp. 163-172). New York: De Gruyter Mouton.



Artículo publicado en acceso abierto bajo la Licencia Creative Commons - Attribution 4.0 International (CC BY 4.0).

IDENTIFICACIÓN DEL ENTREVISTADO

Oscar Traversa (1940). Graduado en 1973 en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, bajo la dirección de Christian Metz. Formó parte del grupo fundacional de la Asociación Argentina de Semiótica (AAS) que entre 1974 y 1980 editó la revista *LENGUAjes*. Luego del regreso de la democracia en Argentina en 1983, participó de la refundación de diferentes carreras en artes y comunicación en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y la UBA. Dirigió el Centro de Estudios Agroalimentarios en la Universidad Nacional de Lomas de Zamora (UNLZ), Argentina. En 1996 obtuvo el título de Doctor en Artes en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, donde más tarde fue profesor consulto. Fundador y primer director del Área de Crítica de Artes de la Universidad Nacional de las Artes (UNA), Argentina. Allí creó la revista *Figuraciones* y el Instituto de Investigación y Experimentación en Arte y Crítica. Actualmente es Profesor Emérito en la UNA y continúa la tarea como investigador dedicado a pensar las relaciones entre las mediatizaciones y la producción artística y las prácticas estéticas. Publicó los libros: *Cine: el significante negado* (1984), *Cuerpos de papel. Figuraciones del cuerpo en la prensa, 1918-1940* (1997), *Estilo de época y comunicación mediática* (1997, junto a Oscar Steimberg), *Cuerpos de papel II. Figuraciones del cuerpo en la prensa, 1940-1970* (compilador, 2007), *Comer, beber, hablar* (2011, junto a Gustavo Aprea y Gastón De Lazzari), *El volver de las imágenes* (2009, junto a Marita Soto y Oscar Steimberg), *El dispositivo hipermedial dinámico. Pantallas críticas* (2011, junto a Patricia San Martín) e *Inflexiones del discurso* (2014).